

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## A PROPOSITO DE AFORISMOS COMO UN JUEGO DE SALON

PARA mí, y desde siempre, el «aforismo» constituye una opción literaria particularmente tentadora. Fijar una idea o una observación en pocas palabras, procurando que el resultado tenga un mínimo de agudeza a la vez conceptual y expresiva, es toda una aventura, pequeña si se quiere, pero aventura de la inteligencia. He publicado un par de libritos con materiales de este tipo, y no estoy demasiado descontento de ellos. El «género», de venerable tradición en Oriente y en Occidente, adquirió, concretamente en Europa, un específico cuño francés, gracias a los grandes «moralistas» del siglo XVII y del XVIII: Joubert, La Bruyère, La Rochefoucauld, Vauvenargues, Rivarol, Chamfort, Pascal. Sin descartar los últimos rebrotos admirables, como Renard o Valéry, por ejemplo. De todos modos, el uso ha hecho su camino, y Nietzsche lo aprovechó a su aire, genialmente, y abundan los papeles más o menos calculados para una edición inmediata que, en su forma, de aspecto de «apunte», coinciden con el esquema, desde Kafka a Pavese. La cosa se explica por muchas razones, aunque no es mi propósito, ahora, apuntarlas. Me limito a subrayar el hecho, y a insinuar un «sin embargo».

El «sin embargo» en cuestión se refiere al riesgo que cualquier formulación aforística corre, por su misma entidad digamos «retórica», de ser remanipulado casi en sus propios términos para hacerle definir lo contrario o, si no más, algo muy diferente. Basta darle la vuelta. O sea: combinar de otra manera sus elementos de significación. Obtendremos, a menudo, un nuevo aforismo tan «convinciente» como el primero. Qué lo sea de veras o no, es asunto a discutir. De momento, lo que importa es la sorpresa verbal, y, desde luego, el rasgo hiriente del «pensamiento».

Hagamos una prueba. Escojo una frase de Nicolas-Sébastien Roch, llamado Chamfort (1741-1794). Esta: «La meilleure philosophie, relativement au monde, est d'allier, à son égard, la gaieté du sarcasme avec l'indulgence du mépris». Cuya traducción aproximada sería: «La mejor actitud filosófica respecto a las cosas del mundo (entendamos: la sociedad) es una mezcla, frente a ellas, del sarcasmo del regocijo con la indulgencia del desprecio». Y ruego al

lector que no se impaciente. El aserto o el consejo de Chamfort podrá parecer aceptable o no, así, de entrada. Pero ahí está, a los efectos del examen. Y hasta cabría empezar por ponerle pegas a lo de que el «regocijo» —la «gaieté»— sea necesariamente «sarcástico», y a lo de que el «desprecio» comporte un rasgo de «indulgencia». El truco «arranca», en realidad, de estos emparejamientos de vocablos —y, ¡ay!, de ideas...

Pasemos, pues, a trabucar los vocablos y las ideas.

Una primera posibilidad sería la de convertir en negación lo que Chamfort afirma. «La peor actitud filosófica...» ¿Pierde o gana, así rehicho, el aforismo? El aforismo se mantiene en pie. Y habrá gustos para ambas versiones. ¿O no?

Sigamos. Dentro de cada familia de referencias —la mejor o la peor—, esa hipotética «philosophie» admitiría una preciosa variedad de propuestas. Para no abusar del espacio, me ceñiré a exponer las que derivan de la literalidad de Chamfort: «La mejor actitud filosófica...» Considérense repetidas para su simétrica: «La peor actitud filosófica...» Véanlas ustedes:

1) «La meilleure philosophie, relativement au monde, est d'allier, à son égard, la gaieté du sarcasme avec l'indulgence du mépris.»

2) «La meilleure philosophie, relativement au monde, est d'allier, à son égard, le sarcasme de la gaieté avec le mépris de l'indulgence.»

3) «La meilleure philosophie, relativement au monde, est d'allier, à son égard, la gaieté du sarcasme avec le mépris de l'indulgence.»

Porque, en efecto, no es lo mismo «le sarcasme de la gaieté» que «la gaieté du sarcasme», ni «l'indulgence du mépris» que «le mépris de l'indulgence». Será suficiente reflexionar un minuto: a pesar de que se trata de sutilezas, cada cosa es cada cosa.

Y hay más. Hemos respetado provisionalmente el verbo clave de la oración: «allier», «mezclar» o «aliar». ¿Por qué no preferir su antónimo? Intercalemos un simple «no», y ya tendremos otras perspectivas. «La mejor actitud filosófica, etc., "no" es una mezcla, etc.» Que,

por lo demás, no coincide exactamente con «La peor, etc., etc.». No ser lo mejor no es ser lo peor. Y así, sucesivamente...

No me he detenido a calcular las eventualidades que permite la maniobra. Son muchas, en definitiva. Y no porque yo haya hecho trampa al seleccionar un pasaje que se presta al disloque y a la recomposición. Prácticamente, todo «aforismo» brinda oportunidad a este tipo de ejercicios. Sin excluir los del «Tractatus» de Wittgenstein. En alguna ocasión, la experiencia —o el experimento— ha sido llevada a cabo con ánimos de parodia o de choteo. ¿Cómo no recordar aquellas «Notes sur la poésie» que André Breton y Paul Eluard montaron «contra» unas «Notes sur la poésie» de Paul Valéry, allá por 1936? La tergiversación dentro del paralelismo no podía ser más insidiosa. Me abstengo de incorporar citas a este comentario: quien siente la curiosidad de las corroboraciones, que consulte el volumen I de la «Oeuvres complètes» de Eluard, en la edición de La Pléiade, donde hallará los dos textos para la amena comparación. Y, por supuesto, queriéndolo o sin querer, Breton y Eluard iban mucho más allá de la caricatura: al contrahacer a Valéry, los surrealistas se autodefinían con espléndida veracidad.

¿Entonces...?

No le echemos la culpa al aforismo. Bien mirado, el aforismo sólo sirve para poner en evidencia un mecanismo habitual en los trámites intelectuales. Sería tonto creer que los mazacotes académicos, de metafísica, sociología, psicología o lo que fuere, funcionan de modo distinto. Entre un mamotreto apelmazado, de terminología premiosa y pedante, de fluencia retórica o ambigua, como —pongo por caso— los de Hegel o Heidegger, y un aforismo-saeta, límpido y feroz, como —por seguir poniendo casos— los de Nietzsche, no media precisamente ningún abismo. La penosa, estertórea, asmática prosa de Heidegger, en última instancia, no pasa de ser una dilución de aforismos desafortunados. Puede que sea porque Nietzsche era un gran escritor, y ni Hegel ni Heidegger, en el oficio de redactor, no sabían hacer una «o» con un canuto. Son cosas que ocurren. Y con independencia de que estos tres individuos

hayán sido unos «dementes» como una catedral. Con Hegel, Karl Marx todavía pudo «darle la vuelta», y ello es bien sabido. Con Nietzsche y con Heidegger nadie se ha molestado en intentar la operación: no valía la pena...

¿No pretendía don Eugenio d'Ors —y valga una anécdota familiar— «rehacer contra Voltaire el "Diccionario filosófico portátil"»? En realidad, el «Glosari», el «Nuevo Glosario», el «Novísimo Glosario», constituyeron la tentativa de suplantar a Voltaire en sus propias premisas, y «ad usum Delphinis». Todo es posible en este terreno. O en cualquier otro. Y ahí queda, lívido y estremecido, el cuerpo del embrollo... Muchas veces he pensado que, de tener tiempo y humor, podría haberme dedicado a la «filosofía-ficción» retroactiva, y escribir una «Historia de la Filosofía» absolutamente fasa, «inventada», a base de discretas sustituciones o reversiones en la palabrera de nuestros egregios predecesores, Sócrates, el Aquinata, Cartesius, Kant, Sartre... y Wittgenstein. Con un poco de malicia, y a nivel de resumen, es decir, de «aforismo», la befa sería fácil y grácil. El solemne «imperativo categórico», sin ir más lejos, podría ser remedado con unas tímidas intemperancias cáusticas... (1).

¿Un juego de salón, en resumidas cuentas?

No. Resueltamente, no. Pero el «juego de salón», o de aula, ha sido lo dominante. Una vez más insisto en que la única «filosofía» razonable nos remite a la «Philosophie dans le boudoir» del Divino Marqués, la cual tampoco es nada del otro jueves. De salón, de aula, de «boudoir»: juego, en buena medida.

Conviene tenerlo presente. Es una cautela que se impone por sí misma.

Joan FUSTER

(1) Por lo general, cuando un filósofo «refuta» a otro filósofo, se limita a repetir lo que su contrincante dijo pero suponiéndose en sus antipodas, y todo eso mediante un divertido proceso de histeria terminológica. La historia de la palabra «ser», desde Platón al señor Ferrater Mora, es un fascinante tebeo semántico. Es un detalle.

### NOTAS A PIE DE PAGINA

## LA INVERSION DEL ENSAYO

PRIMERO empezó con los libros de erudición; luego siguió con las tesis doctorales, los «papeles» presentados a congresos y concursos de méritos; más adelante, los libros «científicos». La cosa empezó en Alemania, hace cosa de medio siglo; se fue extendiendo por Europa, cruzó el Atlántico, y desde el hemisferio occidental reflye nuevamente sobre las costas europeas. Lo que se llamaba «Gelehrsamkeit» y hoy suele llamarse «scholarship» se fue identificando con las citas y las referencias bibliográficas. La razón principal era que el despliegue bibliográfico parecía algo susceptible de «cuantificación» y permitía una valoración automática: ¿Cuántas notas al pie de página tiene este trabajo? Ciento cincuenta; entonces es evidentemente superior al que no lleva más que sesenta.

Las «citas» no son, sin embargo, el último refinamiento. Cada vez más se tiende a la referencia bibliográfica pura: se enumeran, del modo más detallado y «riguroso» posible, en cada nota al pie de página, decenas de títulos de libros o artículos en varias lenguas. Cualquier afirmación del texto —aun la más trivial— lleva una llamada, y al pie se aducen diez, veinte o treinta títulos de trabajos que, se supone, «tienen que ver» con lo que allí se ha estampado. ¿Tienen que ver? No hay modo de saberlo. Naturalmente, no se explica nada. Si se hiciera, cada nota bibliográfica se expandiría en diez o quince páginas, y como cada página de texto lleva diez o quince notas, cada página debería llevar entre cien y doscientas páginas de anotación, lo cual plantea dificultades obvias. Esto me recuerda lo que pasa con ciertas partituras de música «moderna»: son intrincadas, complicadas, pero sobre todo inmensas; yo no sé leer la notación musical —como tantos críticos—, pero la dificultad es otra: esas partituras «no se pueden leer a ninguna distancia»; desde cerca no se pueden desplegar y son inabarcables; a la distancia en que se las puede contemplar es imposible distinguir los signos; en suma, son ilegibles y sospecho que no se leen.

Es lo que pasa a las notas de la mayoría de los trabajos contemporáneos: no están hechas para ser leídas, sino para ser «contadas», computadas, para dar «peso» al texto, para impresionar al lector y dar lo que se llama «status» al autor. Es muy frecuente que los trabajos citados estén en lenguas que el autor no lee —o muy precaria y trabajosamente—; pero si esos trabajos existen, ¿cómo no citarlos? Poco importa que, como no se puede citar todo, falte lo esencial, lo único que habría que citar —hace muchos años, en mi artículo «Machado y Heidegger», mostré cómo innumerables trabajos eruditísimos sobre la relación entre el poeta español y el filósofo alemán omitían el «único libro» necesario, aquel al cual debía Machado su información sobre Heidegger, incluido algún error y varias erratas—. Es curioso que en las bibliografías falten casi siempre trabajos importantes dedicados al tema en cuestión, cuando este tema no aparece en su «título», lo cual sugiere una familiaridad mayor con los títulos que con lo que hay tras ellos.

Pero hay un aspecto elemental y cuantitativo que no parece desdeniable. ¿Cuánto tiempo se tarda en leer un libro o un artículo? ¿Cuántos se pueden leer? Suponiendo que no se haga otra cosa —ni pasear, ni hablar con los amigos, ni contemplar paisajes, ni visitar ciudades o museos, ni ver pasar a las muchachas, ni pensar—, es claro que no se ha podido leer ni la décima parte de lo que se

cita. Lo cual quiere decir que esos nombres y títulos se toman en vano, o sea en falso.

La última modalidad consiste, sin embargo, en algo aún más inquietante: la acumulación bibliográfica ha pasado de los libros o tesis a los ensayos. En las revistas de hoy, las notas a pie de página en letra pequeña ocupan cada vez más extensión; si no, se agregan al final, páginas y páginas; si es posible, con fórmulas o signos crípticos; tal vez con esquemas y diagramas, por lo general absolutamente obvios y destinados a dar «misterio» a alguna trivialidad. Y no me refiero ya a las revistas «técnicas» o especializadas, sino a las que solían llamarse «de cultura» o «literarias», aquellas que pretendían «pasar revista» a unos cuantos temas variados y de interés general.

Hace sesenta años justos, en «Meditaciones del Quijote», Ortega escribía: «El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita. Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta. Pero le es lícito borrar de su obra toda apariencia apodictica, dejando las comprobaciones meramente indicadas, en elipse, de modo que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte, la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados. Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos; se suprime en lo posible las notas al pie de página, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal.»

«La ciencia, menos la prueba explícita.» Lo grave es que si ahora volvemos la vista de las notas al texto de los ensayos actuales, si nos preguntamos «qué dicen», cuál es su doctrina, resulta que en un elevado porcentaje de los casos «no la encontramos». Los autores no «dicen» nada, no iluminan la realidad, no nos aclaran un aspecto o una parcela de ella. Nombran muchas cosas, hacen algún enunciado dogmático, no justificado, como si fuera obvio, o de pasada, y enseguida se precipitan a citar autores y títulos.

Pregúntese a los entusiastas de los autores que hoy gozan de más favor y prestigio: ¿qué piensan?, ¿cuál es su doctrina?, ¿cómo se puede resumir y comunicar su visión de la realidad? Lo probable es que se reciba como respuesta el silencio o una catarata de notas bibliográficas. Esto explica el hecho sorprendente —y quizá consolador— de que estos autores desaparezcan bruscamente del escenario y caigan en el olvido, tan pronto como dejan de ser nombrados y citados: no han dejado nada, no constaban en las mentes de los lectores, no significaban una doctrina o teoría, sino una «frecuencia de mención» y nada más. Hay un mundo de la cita que vive en sí mismo, sujeto a sus propias normas, y en ello se agota. Y tales autores se ahogan tan pronto como deja de hacerseles la respiración artificial; no viven en el mundo, sino en el pulmón de acero de la propaganda.

Pero esto quiere decir «la inversión del ensayo». Según la expresión de Ortega, es «la ciencia, menos la prueba explícita»; lo que ahora circula es «la prueba explícita, menos la ciencia».

Julían MARIAS

### DE INTERES PARA LOS

## Sres. ACCIONISTAS DE CATALANA DE GAS Y ELECTRICIDAD, S. A.

Esta Compañía se complace en comunicar que acaba de editar su octavo Boletín Informativo sobre la marcha de la Empresa.

Las personas que deseen recibir éste y futuros envíos, pueden solicitarlo en nuestras Oficinas de Avda. Puerta del Angel, 22, Barcelona-2.

A los señores accionistas y demás interesados cuyas señas constan ya en esta Sociedad, se les remite por correo.

Barcelona, 6 Abril 1974

ES UN SERVICIO DE INFORMACION DE CATALANA DE GAS



### EMPRESA NACIONAL SIDERURGICA, S. A.

## ENSIDESA

(Factoría de Avilés)

### CONCURSO PARA LA EVACUACION DE ESCORIA DE LA ACERIA LD-II

Número 830.428

Las ofertas deberán ajustarse a las condiciones generales que serán facilitadas en el Departamento de Adquisiciones de la Factoría de Avilés. Teléfonos 566140-566240 - 5710000 - Extensión 394

Plazo de admisión de ofertas: Hasta el 30 de abril de 1974, a las 12 horas

### REBAJAS INVIERNO

	PRECIO VENTA	PRECIO OFERTA
NEVERAS ELECTRICAS	10.500 ptas.	6.975 ptas.
TELEVISORES 20"	21.000 "	14.250 "
TELEVISORES PORTATILES	14.920 "	9.575 "
LAVADORAS AUTOMATICAS	16.000 "	9.975 "
ALTA FIDELIDAD	14.950 "	9.950 "
LAVAVAJILLAS	26.000 "	13.500 "
COCINAS	5.500 "	3.500 "

VEA OTRAS OFERTAS EN NUESTROS ESCAPARATES

J. Pons Llobet. P. de Gracia, 48. T. 2160394